

P
L
U
R
A
L

DE LO
BELLO Y DE
LO LINDO

TEXTO WILLIAM CONTRERAS ALFONSO
DIBUJOS ROBERTO AYALA
FOTOGRAFÍAS GUADALUPE RUIZ

Vecina, vecine, vecino,

Plural Nodo Cultural junto con un grupo de agentes culturales de Bogotá, nos unimos para crear “Tercer Espacio: Plural”, un proyecto con el que buscamos explorar otra forma de acercarnos al público de nuestra localidad, Barrios Unidos. Realizamos cinco cuadernos que dan a conocer algunos aspectos del ecosistema cultural y del oficio del arte en la ciudad. Estos cuadernos son distribuidos de manera gratuita y aleatoria en comercios y residencias de la localidad y llevaremos a cabo una serie de actividades en las que deseamos contar con su participación y asistencia.

¡Plural Nodo Cultural tiene sus puertas abiertas para usted!

Le esperamos en la Calle 72A # 22-62, barrio San Felipe.

DE LO BELLO Y DE LO LINDO

Texto William Contreras Alfonso
Dibujos Roberto Ayala
Fotografías Guadalupe Ruiz





DE LO BELLO

Hasta hace relativamente poco tiempo, la belleza era considerada como una de las cualidades intrínsecas del arte, equiparando una naturaleza graciosa en formas con la definición misma de lo artístico. Sin embargo, desde el siglo XIX el valor de esta característica ha ido disminuyendo constantemente para las consideraciones de artistas y críticos por igual. Pareciera que la belleza empezó a ser algo cada vez menos y menos interesante para los profesionales de la materia.

Hay que hacer la aclaración, eso sí, que “bello” es un término sombrilla que abarca muchas cualidades, no sólo del arte y los sujetos que nos complacen y nos hacen sufrir con su simple existencia, sino de otros órdenes intelectuales, morales y culturales que incluso pueden estar opuestos entre sí. John Keats declaraba que la belleza es verdad y la verdad es belleza, mientras que David Hume diría que la belleza no es una cualidad intrínseca a las cosas, existe sólo en la mente que observa y cada mente observa algo distinto. Edmund Burke consideraba a lo bello como lo que contiene en su ser una promesa de felicidad, mientras que Francis Bacon lo catalogaba como la manifestación sensible del infinito.

La idea sobre lo bello que analizaré acá es la concepción generalizada del arte como un dispositivo afectivo, generador de pensamientos y emociones, y de como esta actúa como un valor positivo en la sociedad. Tanto en el saber popular como en la discusión de académicos profesionales, hay cierto consenso general sobre el valor del arte como un valor expresivo. Es decir, que si un objeto o situación deben ser evaluados para determinar si son arte, el aspecto a analizar sería qué tanto impacta al espectador afectivamente por la manera en que está construido (ya sea en palabras, imágenes, objetos, movimientos corporales, etc....).**(1)** Esta concepción será igual reevaluada ampliamente en la contemporaneidad y no aplica plenamente a todas las formas de arte, pero ya nos detendremos en eso más adelante.

Mi interés sobre esta concepción de lo bello es, sin embargo, que a pesar de ser muy generalizada en la mayoría de las artes, sufre un amplio rechazo por parte de los profesionales de las artes visuales.

(1) Me baso aquí en el análisis consignado en “Sexto Castro: Una aproximación al complejo emotivo del arte. 2017. Consultado en: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-71812017000200067 (Última consulta, Febrero 2021)

Hablar del tema es visto como algo fuera de tono, casi rayando en la cursilería. Y esto es muy contrario a la postura que observo en músicos, poetas, arquitectos, bailarines, y demás artistas que conozco, ninguno escéptico a aceptar la importancia de lo bello en la concepción de su trabajo.

No he llegado aún a determinar la razón por la que esto pareciera ocurrir solamente en las artes visuales, pero lo que sí atino a señalar es que lo visualmente atractivo carga también con un prejuicio de valor, y de inmoralidad incluso. Hoy en día, cuando un pintor o un escultor toma como tema algo bello, suele ser con escepticismo o ironía, como si la única manera aceptable de acercarse creativamente a lo guapo fuera para destronarlo y negarlo, intentando tal vez negar también el poder que esa seducción tiene aún sobre el creador.

Ahora, no descarto que precisamente por ese poder que menciono, se hace muy necesaria la suspicacia sobre las emociones que lo atractivo ejerce sobre nosotros. Y sobre esto creo que todas las canciones de desamor me dan la razón. En la era actual, pareciera ser la función más aceptada del arte que proponga dudas y replanteamientos sobre la manera en que sobrellevamos nuestros afectos. El pensamiento contemporáneo se ha dado la tarea

de reestructurar los prejuicios que guiaron antiguamente a la humanidad por su camino, y es por esto que los artistas actuales ya no están interesados solamente en complacer, o replicar mensajes directos y claros con su trabajo, más bien, con su obra quieren mostrar nuevos horizontes, experimentar el misterio, hacer críticas y denuncias políticas, generarnos dudas. En estas obras la idea de belleza se ha convertido en una razón de transformación social, entendiendo la labor del artista como un generador de posibilidades creativas, más que elaborador de objetos exclusivos. Estas búsquedas son solo algunos entre muchos ejemplos posibles, de que los valores estéticos se enfocan ahora más en las intenciones que en las formas, en el aspecto humanista del arte como herramienta de pensamiento.

La belleza de este nuevo arte yace en la complejidad de sus operaciones intelectuales, en la oportunidad que nos quiere brindar para conocer nuevas ideas, de salirnos de nuestra zona de confort. Pareciera que nos quiere ver la cara de tontos ofreciéndonos objetos e imágenes incomprensibles, pero en realidad tiene fé en nuestra inteligencia y nos comparte dudas filosóficas complejas, con la esperanza de que transemos con sus creadores una relación intelectual profunda. Un lindo anhelo, creo yo.

Sin embargo, también puede haber en el panorama connotaciones menos positivas. J.J. Charlesworth ha observado: *“El arte no presenta más una mirada agradable sobre las capacidades humanas. Porque, tenemos que aceptarlo, hoy en día no creemos que la humanidad sea algo tan positivo para el mundo. Lo más usual ahora es vernos como monstruos fuera de control, manejados por impulsos inconscientes de consumir más y más, explotando recursos naturales en una carrera de cabeza hacia la destrucción del medio ambiente, el planeta, y eventualmente nosotros mismos. No pareciera entonces haber nada bueno respecto a nosotros, los humanos. ¿Belleza? ¿Como podría ocurrir viendo a la humanidad como algo tan feo? (...) La idea de belleza se trató siempre de cuanto los humanos valoraban su propia humanidad, del optimismo respecto a que todo podría, eventualmente, ser hermoso. Sin embargo, dado que vemos el entorno humano como un lugar feo, la belleza ya no tiene una importancia protagónica en el arte... debería, pero no la tiene.***(2)**

(2) J.J. Charlesworth & Isobel Harbison: Does Beauty still matter in art?. Consultado en <https://www.tate.org.uk/tate-etc/issue-36-spring-2016/does-beauty-still-matter-art> (última consulta, Febrero 2021)

Hay que admitir que, aunque no muy jovial en sus apreciaciones, J.J. parece tener razón en que el desencanto por la bondad humana es el motivo de esa sensación, de que el arte que no se disculpa por su propio atractivo es inmoral e ingenuo. Quiero recalcar, eso sí, una pequeña luz que se cuelga en la última línea de esta cita: “La belleza ya no tiene una importancia protagónica en el arte... debería, pero no la tiene.”

Y se queda uno pensando ¿A que se estaba refiriendo? Sin duda es una muestra de inconformidad con una situación actual tan pesimista, siendo la belleza relegada porque no nos creemos dignos de ella. Pero al contrario, por esa misma razón la belleza no debería percibirse como un lujo inane sino como la necesidad espiritual que es. Da la sensación entonces, que aunque una cierta satisfacción formal en el arte jamás se ha ido, reconocer este aprecio si fue relegado a un aspecto secundario. Sin embargo, tengo un pálpito de que ese camino fue un viaje de ida y regreso, y que esa discusión está volviendo a tener una importancia central en las intenciones artísticas. ¿Cómo logremos levantar el espíritu y perseguir causas nobles si no recordamos el valor de la vida? ¿Nuestra potencia para lo positivo? Es que el tema no es sólo de ego, sino

también de reconocer lo justo en nosotros, de apreciar que la condición humana, a pesar de sí misma, aún continúa en pie.

Ya entrados en el tema me va a resultar muy difícil no ponerme sentimental, pero no puedo evitar remarcar que el arte también sirve, como plaza humanista que es, para acoger y entrenar habilidades emocionales y éticas. Y creo que estamos en el mismo equipo con J.J. cuando afirma que para desarrollar todo esto la discusión sobre la belleza es clave, debería ser siempre tenida en cuenta. La belleza es la cualidad inherente de las cosas que les permite ser amadas, como muy bien definió el crítico de arte Federico Klemm **(3)**, entonces si lo bello sale de la discusión, el valor de la vida se va con él.

El problema es que la estética ayuda a proveer calidad de vida, pero esto queda muchas veces en el olvido por la idea de maestría que se le suele zampar a su profesionalización. El lugar común en gran parte de la historia de occidente equipara el término ARTE a lo único y magistral, y sólo lo que sobresale casi sobrehumanamente

(3) En su programa de televisión *El banquete telemático*, episodio “Amor al arte”. Consultado en: https://www.youtube.com/watch?v=1_kL86lCF_Y (última consulta, Febrero 2021)



dentro de las otras creaciones, merecería tal título. Eso sí, desde la modernidad (más o menos el paso del siglo XIX al XX) muchos artistas quisieron destruir ese estorboso pedestal. El primer ejemplo que se me viene a la mente, y además el más explícito, es la propuesta del arquitecto, poeta y empresario Inglés William Morris. Él vio con gran preocupación cómo los artesanos de su época, debido a la proliferación fabril de la revolución industrial, estaban siendo contratados para hacer tareas aburridísimas como operarios de máquinas, lo cual les generaba mucha menos satisfacción personal que su trabajo manual. Para Morris, el arte significaba el placer de dedicar el tiempo a algo valioso, el respeto al trabajo como muestra de talento y dignidad personal, por lo que creó una propuesta empresarial que restaurara la moral artística de los trabajadores y estuviera lo más cerca posible del público general.

Morris fue uno de los primeros artistas abiertamente declarado como socialista, y su firma de producción de arte estaba en línea con sus ideales políticos. Planteó que la expansión del acceso al bienestar y el reconocimiento del trabajador deberían estar en el corazón del desarrollo de una sociedad moderna. Su negocio recogía los

saberes artesanales y los promocionaba como una promesa de confort y calidad, los valores que habían quedado en segundo plano para dar camino a la industrialización. Morris planteó estos parámetros en su proyecto artístico hace más de 150 años, y aún hoy suenan frescos y necesarios.

Lo bello se emparenta con el bienestar, y por lo tanto es un vehículo para una transformación profunda de nuestros parámetros sociales. Sin embargo, una concepción magnánima de lo bello excluye muchos placeres cotidianos, que pueden ser claves para un mejor entendimiento de nuestro lugar dentro de la comunidad. Cioran escribió “Uno se reconcilia con la vida, cuando dice de todo corazón, una banalidad”, y de golpe logró resumir cómo lo simple es un puente para la aceptación del aquí y el ahora, que en últimas es la única vida que tenemos. Sobre esto, llama particularmente la atención que un posible lugar de encuentro entre estas dos cualidades, como vimos en el caso de Morris, sea la decoración: Un trabajo que suele ser menospreciado intelectualmente, pero es altamente validado en el espectro íntimo y emotivo de las sociedades. Mi punto entonces es, que para lograr una mejor calidad de vida y una cohesión social

desde nuestras búsquedas estéticas, esta división de valores entre contextos intelectuales y apreciaciones afectivas podría empezar a difuminarse.





RAFAEL NOVOA

DE LO LINDO

Dentro de las posibles descripciones de algo bello, las palabras “Lindo” o “linda” me parecen especialmente interesantes. Aunque “lindo” es un término que resalta la belleza de algo, pareciera remarcar una belleza moderada, aunque existente. Es como si fuese una palabra utilizada para demostrar una admiración pedestre, sin ninguna superioridad. Imagínesse usted ir a un evento monumental, digamos la inauguración de los juegos olímpicos, y luego de ver horas de coreografías de danza, pirotecnia, cientos de intérpretes en escena y otros cientos de técnicos tras bambalinas, que usted se encuentre al director y le diga: “Le quedó lindo el evento...”.

Y si es verdad que con cierta sorna puede ser utilizada casi como un insulto, es por esa evidente naturaleza despojada de trascendencia, que me parece una palabra poderosa para acoger en nuestras vidas. Probablemente ya haya notado que a lo largo de este texto he utilizado muchos términos diferentes para hablar de las mismas cosas: “lindo”, “bonito”, “hermoso”, “bello”, “atractivo”... No lo he hecho indistintamente, pues cada adjetivo tiene un cariz particular sobre su uso. Bonito es un gusto

medio, sin pasiones notorias. Lo atractivo habla de la capacidad de un sujeto para torcer la voluntad. Hermoso parece ser el hermano mayor, con un tono de grandiosidad y plenitud. Pero lo lindo brilla por su medianidad, como un punto de balance en el que un aprecio real no necesita establecerse como algo extraordinario o exclusivo, y sin embargo, es valioso.

Una apreciación de algo como “lindo” le niega inmediatamente alcurnia y distinción, sacándolo de las esferas elevadas del prestigio. Es un reconocimiento que se acerca a lo vulgar, entendiendo el término en su acepción de algo común y corriente, y no como en su connotación más negativa, como un rasgo de estatus inferior, de ignorancia y mal gusto respecto a objetos de consumo, los gestos del lenguaje, y también, y muy importante, a las ideas a las que la gente se adscribe.

Recordando el concepto de élite de Marx en *La ideología alemana*, las ideas que rigen la sociedad son mayormente las ideas de la clase dirigente. La élite no es necesariamente la que tiene privilegios económicos, sino la que controla los medios de producción, incluidos aquí los de producción de ideas (sí, las academias). En este sentido, son los guardas de la puerta de entrada al

buen gusto y las buenas maneras, dictan lo que se puede decir y sobre todo la manera en que debe ser dicho, castrando de camino cuanta lógica se necesite para acomodarse a las inevitables contradicciones del status quo.⁽⁴⁾ Una lógica alterna a los discursos rigentes sería entonces, para un arte academizado, una lógica vulgar.

Un buen método para no juzgar desde dichos valores sería reconocer dignidad en expresiones plásticas que no están incluidas en la idea de arte *Avant-garde*. No en la manera del artista etnógrafo, que disecciona un sujeto de estudio externo para reafirmar teorías propias, sino más bien como una valoración a esa otra esfera artística desde el afecto propio. Evitando señalar estas expresiones desde la distancia analítica y mejor reconociendo el gusto personal que puede encontrarse en ellas, identificándose uno mismo como parte de esas expresiones supuestamente vulgares, excéntricas de la élite intelectual.

Por ejemplo: Una de mis formas de arte favoritas es la decoración doméstica. Me

(4) Basado en el análisis de Maren Thom: *Cheap Thrills*. Consultado en <https://www.cultureontheoffensive.com/cheap-thrills-what-happened-to-bad-taste/> (Última consulta, febrero 2021)

parece profundamente interesante y hermoso poder observar las decisiones que el dueño o la dueña de casa tomaron para elegir el ambiente en el que atesoran sus memorias y su día a día. El significado emocional de cada porcelana de la mesita de café, el cojín bordado por la hermana, la foto de matrimonio de los papás, el color de las cortinas que contrasta con el de la pared, la vajilla fina que solo se saca para cumpleaños, grados o navidad... todas decisiones estéticas que conforman el pequeño gran mundo que es cada familia.

Los enseres guardan, como conjunto, un rasgo de identidad de su dueño. Testimonian su historia de vida, sus sueños y anhelos. Y en ese aspecto nos damos cuenta que es, a través de nuestro consumo de imágenes y objetos, que tenemos la oportunidad de reflejar nuestros afectos hacia las otras personas y recibir de ellas lo mismo, exteriorizar una emocionalidad para que se construya como un diálogo colectivo.

Eso sí, debo confesarle: muchas veces cuando hablo de estas cosas, y me manifiesto tan entusiasmado sobre el poder que veo en lo decorativo, mis principales detractores son otros artistas. El pintor Fernando Uhía, por ejemplo, ha asegurado que el decorativismo es



la única forma de arte cercana al colombiano promedio. Pero esto para él es visto como algo negativo, como un símbolo del atraso cultural del cual hemos sido víctimas por nuestro sistema educativo, como si otros abordajes para las artes plásticas, cercanos a una experimentación de orden más intelectual o retórica, fueran de difícil comprensión para nuestra comunidad. Él escribe: “...Si es cierto que Colombia entró tardíamente a la modernidad artística y que ese bache ha sido llenado poco a poco desde las escuelas de arte universitarias, también lo es que ese retraso ha hecho que el decorativismo sea el único lenguaje visual que las instituciones gubernamentales y el colombiano medio siente cercano.”(5)

Este comentario de Fernando podría parecer antipático, pero no creo que se esté refiriendo con desdén al adorno, sino que lamenta la ausencia de una apreciación más compleja sobre él, y de paso, el desconocimiento de las otras muchas maneras del arte contemporáneo. Esta intuición me surge al ver sus pinturas, elaboradas con mucho esmero artesanal, placenteras

(5) Fernando Uhía: New world order del anacronismo.
En “Carlos Castro: Catálogo de exposición” Galería La Cometa, 2006. Impreso.

paletas de vibrantes colores, y texturas y brillos que excitan las mieles del placer retínico. Sin duda es un artista con habilidad para crear objetos atractivos, lo que pasa es que, en el fondo de todo ese encanto, él también inserta fuertes críticas a la relación que tenemos con este tipo de imágenes.

La decoración tiene gran importancia dentro de la sociedad, pues es central en la construcción de nuestra identidad y amplía las posibilidades creativas para todos. A diferencia de otros nichos artísticos con pretensiones intelectuales fuertemente marcadas (Como la escena del arte contemporáneo), en la decoración todos nos reconocemos como agentes creativos, pues se basa en configurar el agrado respecto a criterios personales. Será por eso probablemente que muchos artistas le han rendido tributo y homenaje a la decoración urbana con su obra, pues en estas expresiones se dilucida una sensibilidad común con el resto de la comunidad. Ese gusto, esa emoción que genera un bello color, una estructura bien construida, un jardín bien cuidado... ese placer mutuo le recuerda al experto que ese tipo de encuentros, son igual de relevantes dentro y fuera de su pequeño círculo de pensamiento.

Una anotación interesante a hacer acá es que, de alguna manera, el creador externo al canon académico (horrendamente referido como *naïf/ingenuo*), y así mismo el artista contemporáneo profesional, tienen el potencial de ser excéntricos a la idea del buen gusto. El primero porque desde un principio no toma en cuenta los parámetros formales que sustentan tal concepto, ya sea por desconocimiento, rechazo, o simple desinterés por ellos. En el caso del artista versado es por razones casi contrarias, pues lo que se espera de un profesional es que extienda su praxis y vaya más allá de lo evidente, que aumente el espectro de operaciones de su profesión con un aporte creativo. Saliéndose de lo conocido, de lo aceptado, y creando nuevos caminos para la creatividad en su área de experticia. Estas dos excentricidades tienen el potencial de encontrarse, a veces, en algún punto de interés común. Y ojalá que esto pase fuera del centro intelectual, de la élite académica, pues allí hay un gran potencial de acción aún inexplorado.

Mi amigo Edward Salazar es sociólogo, y hemos hablado mucho sobre una generación de artistas colombianos atraídos particularmente a estos temas. Lo que hemos llegado a dilucidar es que a principios de los años noventa, con la apertura económica y



las nuevas marcas extranjeras compitiendo en el mercado local, también nuevas estéticas y estilos publicitarios penetraron la cotidianidad colombiana. Los productos de Disney, McDonald's, Adidas, y tantas otras multinacionales que no tenían flujo legal hasta entonces, pusieron en la mente de los estudiantes de arte un cuestionamiento sobre la identidad local. Como si hubiera empezado una cruzada en defensa de lo autóctono, los artistas empezaron a mirar con interés manifestaciones de decoración vernáculas en sus ciudades:

Por ejemplo, Giovanni Vargas ha hecho una investigación sobre Chapinero desde hace ya unos quince años, analizando la manera en que uno de los barrios más bonitos de Bogotá, con cientos de casas de familia encantadoras, ha sido transformado cada vez más rápidamente en una zona de edificios horribles. Este proyecto de largo aliento de Giovanni es un análisis catastral que exalta el ornato y la transformación de un sector urbano, y ha ido dando como producto dibujos, libros, mapas, videos y textos. Su pesquisa destaca como prueba de la complejidad a la que se puede llegar haciendo un estudio de fondo sobre un tema ornamental.

También Guadalupe Ruiz realizó su fotoreportaje *Bogotá D.C.*, en el que retrata

interiores domésticos capitalinos de los estratos uno al seis. Al ser exhibidos en su conjunto inesperadas relaciones empiezan a surgir, y las decisiones estilísticas de todos aquellos hogares se acercan a tal punto, que las diferencias de gusto entre ellos empiezan a sentirse cada vez más leves. El trabajo de Guadalupe me parece vital en la historia de la fotografía en Colombia, así que fue un gusto cuando aceptó ser parte de esta publicación con dos imágenes de dicha serie.

La lista de artistas profesionales alineados con estas operaciones es muy larga, y tomando en cuenta solamente el caso colombiano también entrarían en ella Juan Pablo Fajardo, José Tomás Giraldo, Rodrigo Facundo, Pablo Adarme, Andrés Fresneda, Esteban Villa Doutreligne, TANGRAMA (Margarita García, Mónica Páez y Nicolás Consuegra), Humberto Junca, Alejandro Mancera, Carlos Castro, Alberto Baraya, y un largo, largo etcétera. En la labor de estos hombres y mujeres hay una curiosidad, no por transgredir lo bello, sino por superar y ayudar a romper la capitalización de dicho concepto. Hay una suerte de desobediencia que reconoce y mira de frente a un supuesto “otro” cultural, a un supuesto “extranjero” de su práctica, y en esa mirada sin superioridad se forja un



*** EL Perrito "Boo", estrella
de las redes Sociales.
16 de Marzo 2006 - 12 Enero 2019**

diálogo empático, en este reconocimiento hay un ejercicio de dignidad que supera las falaces divisiones de clase que tanto mal nos hacen a todos.

Aunque en otros tiempos la belleza decorativa era un lujo exclusivo de ciertas élites, hoy en día se ha convertido en una búsqueda generalizada que circula por diferentes niveles socioeconómicos. Habitar la belleza, hacerse a ella como un derecho es un proceso que el artista profesional reconoce en su hacer, pero que además tiene el compromiso social de promocionar y apoyar. Para esta empresa, debe comprender que su concepto artístico es uno de muchos que están interactuando en la actualidad, y que no puede reducirse a exaltar sólo los parámetros que le son propios sino lograr dinámicas de interacción con ideas de los otros ámbitos creativos. Los afectos, la relevancia emocional de estos flujos de sentido, pueden ser ese canal de comunicación entre extracciones profesionales dispares, con tanto por aprender la una de la otra y con tantos intereses compartidos por descubrir.



DE LO BELLO Y DE LO LINDO
textos © William Contreras Alfonso
dibujos © Roberto Ayala
Fotografía en carátula y postal
© Guadalupe Ruiz

DIRECTOR ARTÍSTICO
Juan Fernando López
CURADORA EN JEFE
Andrea Muñoz

La presente publicación se
realizó gracias a la beca
Es Cultura Local, concedida por el
Programa Distrital de Estímulos
(PDE) del Instituto Distrital de
las Artes-Idartes y la Alcaldía
Local de Barrios Unidos.

Diseño por Taller Agosto
www.talleragosto.com

Impreso en Lithocopias
Bogotá-Colombia

Primera edición, 2021
ISBN 978-958-52998-3-2

TERCER ESPACIO

4.15. De la serie "Bogotá D.C.", Guadalupe Ruiz, 2002



EN ESTE CUADERNO PARTICIPAN

William Contreras Alfonso

Psicólogo y Maestro en artes, Universidad de Los Andes. Artista y curador independiente.
williamcontrerasalfonso@gmail.com
Vive en Bogotá D.C.

Roberto Ayala – R.F.M.

Publicidad hecha a mano, avisos y murales por encargo.
Pedidos al teléfono (+57)3125370322
Vive y trabaja en Bogotá D.C.

Guadalupe Ruiz

Artista. Vive y trabaja en Suiza.
lupita@lupita.ch



PLURAL
NODO CULTURAL



ALCALDÍA LOCAL DE
BARRIOS UNIDOS

